

CAMILLO.

PRESENCIA Y DESTINO.

Por Monseñor Germán Guzmán C. - Editorial Antares. Tercer Mundo

Bogotá - Colombia.

Monseñor Germán Guzmán ha escrito una Biografía apasionada, rencorosa, ácida de diatribas contra lo que llama el capitalismo, la burguesía que engorda, las clases que son inútiles para tomar determinaciones que transformen completamente la fisonomía de Colombia. Se conmueve, Monseñor con la sangre de los pobres del mundo, con la afrenta a los desheredados, contra un mundo que ha negado a Cristo. Y cifra y compendia en el sacerdote Camilo Torres Restrepo, toda la realidad de esa lucha. Mide el mundo colombiano por la esperanza o la desesperanza de Camilo. Y hace converger hacia él el tenebroso mundo del Mal, de las fuerzas desencadenadas, del horror de una violencia que de política, ha pasado a convertirse en consigna extranjera, en odio moscovita o habanero, en todo lo falso, apócrifo y antinacional que conlleva un credo para el cual el mundo es una ciudad inmensa, gobernada por la tiranía comunista, el Estado dirigido y estéril porque la cultura no podrá nunca ser auténtica, cuando el escritor o el artista, tienen que pensar de acuerdo con cánones establecidos por el Estado. Los países socialistas producen "monstruos culturales", pero nada permanente en el orden del espíritu.

Endebles las razones éticas que aduce el Padre Guzmán en su diatriba elogio de Camilo Torres. Las fuerzas oscuras y diabólicas no residen en una sociedad colonial, que apenas comienza a caminar el largo camino del industrialismo híbrido, negación de Dios. Es cierto que son muchas las injusticias sociales en Colombia. Pero el remedio para ellas no es la prédica del odio, sino la siembra de una esperanza en el corazón de los humildes. No se puede pretender construir un universo que asesinará al hombre y romperá definitivamente sus vínculos con el suelo, la tierra y los muertos de que hablara Barrés. El nacionalismo sigue pensando en la conciencia universal. Acaso más en China Roja y en la URSS. que en estos países sometidos a una frenética demagogia revolucionaria y sangrienta. El gran error de Camilo residió en dejarse arrebatar por fuerzas extrañas, que no son las que conducen a Dios, sino al reino de las tinieblas. El amor, predicado por Jesucristo, es la base de todo el quehacer humano. Renegar de Cristo en nombre de los

pobres de Colombia, es una monstruosidad que desborda todo pensamiento católico. Esa ruptura con el amor en un sacerdote ennoblecido por su tarea evangélica, lo condujo a ser un relapso. Ninguna revolución justifica la sangre de inocentes. El Universo, queramos o nó, es un diálogo con nuestros hermanos, una misión, jamás una antorcha exterminadora.

Gozó Camilo, como también Monseñor Guzmán de la vida que ofrece un mundo pequeño-burgués en el cual vivieron y merecieron siempre respeto. Pero al apartarse impiamente de Cristo, Camilo, se desvió para siempre. Su ruta, estéril, que buscaba marcarla con la sangre, si patentizó su fervor por los humildes, lo arrojó a un mundo del cual no vuelven las almas puras, donde se pierde la gracia. Camilo no pudo ser fiel al Evangelio. Aupado por los comunistas colombianos. -eternos falsarios-, por la juventud que biologicamente es inconforme, se lanzó a empresas descabelladas, en las cuales no obtendría ninguno de los frutos buscados. Muchas veces, nosotros, tratamos de disuadirlo de su error. De la confusión de términos. De perder la ruta del bien que esclarece conciencias para soñar con paraísos imposibles y con una revolución de una justicia confusa y desoladamente amarga en sus fines.

Monseñor Guzmán escribe con una virulencia que es la negación del Evangelio. Su sociología no se reconcilia con Dios. Porque una ciencia cuando renuncia a la moral, tiene necesariamente que ser infecunda para los buenos propósitos. Por eso mismo ha escrito este libelo sin piedad alguna hacia Colombia. Que no está únicamente en los extremistas vociferantes y energúmenos, sino que comprende en sus más lejanos términos a toda la Nación. El cristiano, y sobre todo el sacerdote católico, deben ser exactamente la medida del hombre, lo que es su libertad, el fin de su vida. Por lo mismo no puede predicar insanamente el odio contra quienes tienen bienes de fortuna y condenarlos a la muerte física. Una revolución de esta clase, solamente produce retorcidos leños, y será aflictiva para los seres humanos y una vergüenza que se irroga al Cristo del madero. Esto debe saberlo muy bien, Monseñor Guzmán. Pero se empecina en su panfleto, despojando a Camilo de algunas virtudes que en verdad sí ennoblecieron su corta vida. Su ternura por los niños, por los ancianos, por aquellos infelices situados en las últimas gradearías de nuestra organización social. Y que lo testimonió con su muerte, con esa patológica obnubilación de una revolución sangrienta en un país flaco, desmedrado, donde durante más de ciento cincuenta años, han sido los campesinos las víctimas de nuestros odios de partido, de la lucha por una Mitología desueta, anacrónica, extranjera, como lo demostró un ideólogo liberal, Carlos Arturo Torres.

Monseñor Guzmán, quien ha participado en la vida universitaria y debiera conocer la fisonomía de Colombia, ha batido un incensario a la memoria del Padre Camilo, y, con la otra, se ha armado de un garrote para golpear las testas de una burguesía que ha sido siempre complaciente con él. Consecuencia de la falta de lógica, de un encono subterráneo y oscuro, contra todo orden establecido. Esto no quiere decir que estemos del lado de los expoliadores, de los intermediarios, hijos del diablo, ya que Monseñor Guzmán, nuestro amigo de ayer, sabe bien del sayal humilde y terroso que nos viste como escritores colombianos. Pero también es justo escribir palabras de verdad, cuando en forma sofisticada, engañosa, palabarrera, se pretende desdibujar completamente la problemática colombiana y sus soluciones futuras.